

círculo sujeta el ahorcado á la horca. Si esta tragedia le conmueve tan profundamente como le conmovió á Nicolas I la tragedia del dia de su ascension, por cuyo recuerdo se consagró al despotismo, bien puede asegurarse que le persigue un hado hereditario. Alejandro I no habia tenido herederos legítimos y directos, por lo cual dejó su trono á su hermano mayor Constantino. Éste, horrorizado aún del asesinato de su padre; unido á mujer de inferior categoría, por la cual sentia vivísima pasion; repulsivo á las grandezas abrumadoras del trono y á las tristes magnificencias del Imperio, renunció á la corona, cediéndola, ó mejor dicho, abdicándola en Nicolas, su hermano. Las ideas modernas habian corrido mucho por los senos de la vieja Rusia, y á la sazón estallaron ardientes en el tránsito del Emperador finado á los dos emperadores herederos. Un regimiento se sublevó al grito de viva Constantino y viva la Constitucion. Si Nicolas, á quien detenia su familia desolada, echándose de rodillas en su camino, ¡ah! no sale del palacio en persona y no impone á los rebeldes obediencia, primero con el prestigio mágico de su figura, despues con la voz apocalíptica de sus cañones, aquel dia quizás fuera el dia último de su dinastía y de su Imperio. Pero persiguió á los revolucinarios con su seccion tercera, semejante á los antiguos inquisido-

res católicos; encerró á muchos en las minas de los montes Ourales, más hondas y negras que los tristes plomos de Venecia; mató á varios en la horca, como al héroe Pestel y al poeta Hilejef; y desde aquel dia, desde el 18 de Diciembre de 1825 hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde, se constituyó en tirano implacable de su patria. La catástrofe tras la cual acaba de subir Alejandro III al trono de Rusia, ¿le habrá tan tristemente conmovido como le conmovió al czar Nicolas aquella catástrofe, que coincidió con su coronacion? Si tal hubiera sucedido, bien puede asegurarse que en los Romanoff es hereditaria la desgracia.

¡Qué terrible para el desdichado Alejandro III su ascension al trono! Ha visto al autor de sus dias acosado por las furias; bajo cien puñales; inseguro hasta del suelo que pisaba; por los fanáticos acometido en los actos más naturales de la vida y en los senos más sagrados del hogar; desplomándose bajo sus piés hasta los pavimentos de su imperial palacio; saltando en mil pedazos á sus ojos hasta los ferro-carriles que acababa de recorrer en persona; objeto del odio implacable de una secta, que parecia sobrenatural por lo misteriosa y oculta, y al fin, víctima de una bomba, la cual ha destrozado sin piedad á quien parecia sin duda el padre de toda una raza, que

se diría incapacitada de vivir sin aquel hombre, siniestra representación del más vasto y más sumiso de todos los imperios. Y á este horror han sucedido otros horrores. En una de estas mañanas, los jueces de Petersburgo se asentaban sobre un tablado, y el verdugo de Moscou se erguía cerca de ellos junto á un palo, del cual pendía siniestra y horrible soga. Varios condenados, con hopas largas al cuerpo, las manos juntas sobre las espaldas, las cabezas rapadas, el confesor al lado, el siniestro título de parricidas al pecho, subían las gradas del cadalso, se acercaban al horrible palo, recibían la cuerda en la garganta y espiraban lanzados al aire; tristes reos de regicidio, arrastrados, ántes por la exaltación de sus ideas que por la perversidad de sus sentimientos, pero engendros nefastos del asolador despotismo. Iba entre ellos una mujer, y jóven, y hermosa, y artista. El amor, que crea, la condujo con su incontrastable impulso á la muerte, que destruye. Hubiérase de un ortodoxo enamorado, y fuera quizás una santa del calendario ruso de la Iglesia griega. Enamoróse de un nihilista, de un discípulo de Bakonine, de un revolucionario, de Hartman, el autor de la catástrofe de Moscou, y ha ido á la conjuración, al crimen, al patíbulo. No buscaba en esas terribles sirtes sino volver á mirar en la patria y bajo su techo al preferido de

su corazón, al que llevaba en sí el alma amante de aquella mujer enamorada. No la idea, no la patria, no la libertad; el amor la ha sacrificado. Creyó al Czar incompatible con su felicidad, y lo ha inmolido, imaginándose la infeliz, en su delirio, que tenía derecho á la vida de quien se oponía por siniestro hado á la felicidad de su vida, como si, áun prevaleciendo y triunfando, la hubieran podido dejar en paz sus remordimientos. De todas suertes, ¡cómo esta hermosa figura, que pasa entre tantos horrores, les presta una misteriosa poesía!

La fantasía ménos viva puede adivinar una reunión de jóvenes rusas, con leer tan sólo cualquiera de las animadas descripciones que en sus novelas nos ha dejado Tourgueneff, ó en sus memorias Herzen. El implacable clima obliga con sus rigores á encerrarse dentro de una casa, dulcemente calentada por caloríferos, los cuales mantienen primaveral temperatura noche y día, bien diversa del aire de fuera, que trueca en piedras blancas y transparentes, así las aguas como las nieves, y empieza por helar las extremidades del cuerpo, y concluye por detener y hasta suprimir la circulación de la sangre. La mezcla de mongol con bizantino, que tienen los esclavos de Rusia, resalta en los cuadros religiosos, semejantes á los trazados por los pintores mosaístas

de la oriental Venecia antigua, y en los siervos vestidos con túnicas burdas y pantalones bombachos, calzados con botas de colores, cubiertos con gorras orladas de pieles, cuyos caracolados y sedosos pelos contrastan con el rubio color de la encrepadísima barba, tan eslava como son tártaros los diminutos ojos, llamados ya por el célebre historiador de las irrupciones húngaras, en su latin semi-bárbaro (*plus puncta quam lumina*), puntos más que retinas. Los varios tapices y alfombras de Persia; los grandes sillones y bancos de baqueta; las pesadas mesas, sobre las cuales descansan algunos vasos con flores exóticas; la gran tetera, semejante á un aguamanil antiguo de los nuestros; las librerías cargadas con volúmenes de importancia; el piano casi siempre abierto con su papel de música en el atrilillo; las muchas labores femeniles por doquier esparcidas, indican bien claramente que la vida se concentra en la interioridad del hogar, diverso, por cierto, del pórtico de Atenas ó Corinto, y del patio de Córdoba ó Sevilla. Allí el principal esparcimiento se encuentra en la lectura. Yo he estudiado el tipo de la jóven rusa consagrada á la revolucion. En mis viajes por Europa encontré, hace algun tiempo, una muy original, á quien jamas olvidaré. Gustábanla mucho las instituciones francesas, poco la literatura y las artes de Francia,

no obstante preferir la lengua de los escritores de allende el Rhin á la propia lengua nacional. Bien al revés le sucedia con Alemania; gustaba de su literatura y no gustaba de sus instituciones. Los poetas y los pensadores alemanes privaban en su educacion, y la lengua germánica le era tan familiar como el francés mismo. La literatura inglesa, y áun las instituciones, por lo que tienen de parlamentarias, formaban uno de los principales objetos de su culto. En música preferia Bethoven á todos los músicos. En filosofía sustentaba las ideas materialistas, sin retroceder ante el más desolador ateísmo. Sin embargo, como hay que rendir párias á las costumbres y á las leyes; como hay que granjearse la estima de una sociedad donde la religion tiene antigua y poderosa influencia, la rusa nihilista iba todos los domingos á misa. En aquellos templos griegos tan ricos, bajo las rotondas bizantinas tan doradas, á las puertas del santuario, á traves de cuyas celosías se ven los divinos oficios, como la gloria celestial á traves de los ensueños místicos; entre las solemnes salmodias de un coro á voces solas, que ninguna orquesta ni órgano acompañaba, cuando salia el sacerdote con su túnica blanca de seda, ceñida con faja de púrpura al cuerpo, y su capa pluvial verde cogida con broches de piedras preciosas al pecho, y sus dos incensarios de oro en

las manos, despidiendo nubes, al traves de las cuales tomaban aspectos fantásticos las rígidas efigies bizantinas, destacándose del fondo etéreo de sus cuadros; todas las devotas se echaban casi por el suelo, ponian su frente en las losas de mármol, y elevaban el murmullo de su rezo austero, miéntras ella volvíase indiferente al grandioso espectáculo, hácia donde estábamos nosotros con aire de espectadores curiosos, y deslizaba con gracia y coquetería femeniles várias ingeniosas, pero sacrílegas blasfemias. Jóvenes educadas de esta suerte, poseidas por ideas tan radicales, exaltadas de sentimiento y de imaginacion, poco dispuestas á comprender la distancia existente entre la teoría científica y el grado de cultura que han menester los pueblos para llegar á ciertos progresos, ¡ah! explican el tipo de la pobre ahorcada en las terribles horcas de San Petersburgo.

Estos horrores de patíbulo entenebrecen los primeros dias del reinado de Alejandro III y presagian horas bien nefastas á su reinado. Para firmar la sentencia de muerte contra los revolucionarios, ha tenido que separarse de la propia córte y familia, temiendo encontrar espías y asesinos en sus próximos servidores. Y no se equivocaba ciertamente; pues en su propia familia, entre sus primos, ha topado con audaz conspirador, el cual pretendia nada ménos que alzarse en

armas á favor de su padre, el Gran Duque Constantino, hermano mayor de Alejandro II, y príncipe singular, que ha tenido siempre algo de aventurero y mucho de ambicioso, como todos los nacidos al dintel del trono, que sienten la sed rabiosa de reinar y no pueden satisfacerla, exacerbándose por fuerza la cercanía de las fuentes que manan la autoridad y el poder. Cuentan que, engendrado despues de 1825, solia hacer notar cómo él era hijo del emperador Nicolas, ya reinante, miéntras su hermano era hijo del Gran Duque Nicolas tan solo. De todos modos, su mando en las escuadras, donde quiso inmortalizarse; su paso por el Ministerio de Marina, que le valió el título de progresista, por haber abolido los castigos corporales; su viaje á Tierra Santa, en cuyas incidencias, al recibir los homenajes de las várias clerecías griegas, se imaginó un semidios; su gobierno de Polonia, cuyos actos le valieron la implacable guerra de los terribles ortodoxos; su presidencia honoraria de los consejos de la nobleza y su presidencia efectiva de los comités esclavones; toda su vária y tormentosa vida, sólo ha servido para mostrar que habia en su sér y estado algo del príncipe Napoleon, algo de la dinastía de Orleans, algo del Duque de Montpensier; la inquietud congénita siempre á todos esos segundones, la cual suele arrastrarlos á tristes agi-

taciones sin medida y sin objeto, que dañan á su familia, y no ceden, no, en su propia medra. De antiguo se le atribuía el temperamento audaz, la inteligencia irreflexiva, el deseo de reinar; mas nunca se ha visto este último tan claro como ahora, en que la ligereza del hijo ha revelado y vendido las maquinaciones del padre. Mas no puede tener un czar á quien le sucede esto seguridad alguna en el corazón de sus súbditos, cuando no la encuentra en el seno de sus parientes.

¡Ah! Su triste suerte se halla trazada por implacable destino, con rigor inflexible: ó proclama una Constitución que inaugure la intervención de las clases altas y medias en la política, ó sucumbe á las conjuraciones misteriosas, cuya férrea red se extiende sobre toda Rusia. Mucho le costará, de seguro, ábdicar el poder absoluto; pero vea cuán quebrantado lo ha recibido, y de qué catástrofe lo ha sacado tan pavorosa y tan terrible, continuación de antiguas, y anuncio de nuevas no ménos espantosas catástrofes. El emperador Nicolás no quería oír hablar de Constitución, porque la oyera proclamar á tiros, en las puertas mismas de su palacio de Invierno, el día de su exaltación al trono de Rusia; el emperador Alejandro II no quería hablar de Constitución, por supersticioso culto á la memoria sagra-

da del Emperador su padre; pues si le sucede lo mismo al nuevo Emperador, bien puede asegurarse que ha heredado extraña y terrible fatalidad. Las grandes duquesas, entre otras la llamada gran duquesa Helena, se han mezclado mucho en política, porque allí donde no hablan y legislan las Córtes, hablan y legislan los cortesanos. Y tenía en su casa las constituciones de todos los pueblos libres de Europa, traducidas al ruso y magníficamente encuadernadas. Una noche que, allá por los salones imperiales, iluminados con todo esplendor, se celebraba magnífico baile de trajes, preciosa jóven, disfrazada de abeja y emisaria de la archiduquesa Helena, se presentó al Emperador; y fingiendo el unísono zumbido del insecto que representaba, murmuró la palabra Constitución-liberal en las augustas orejas, desacostumbradas á tales frases. El Czar lo tomó muy á mal, y hubiera seguramente infligido un castigo cruel á la inocente y atrevida beldad, de no ser tan hermosa y no ir de parte de tan querida y respetada persona. Pues aquella palabra, que destilaba miel cuando salía de los rosados labios de una jóven, ha brotado ahora del terrible y siniestro hueco de una bomba. Y aquel Emperador, tan horriblemente inmolado, que subió al trono para lavar la marca del convenio de París puesta sobre la frente del autócrata, y

que llevó á cabo la emancipacion de los siervos, tenía una prestigiosísima corona, de la cual carece por completo su triste sucesor. Aquél, despues de realizar tan profundo y progresivo cambio social, habia extendido su poderosa mano sobre los Estados de sangre eslava, agrandado la Sérvia y el Montenegro, constituido la Bulgaria libre, destrozado el Imperio turco, devuelto la Besarabia de los rumanos al seno de los pueblos moscovitas, roto las limitaciones arbitrarias puestas por la diplomacia y los diplomáticos á la navegacion del mar Negro, entrado en el Asia Menor victorioso, recorrido las tierras del Turquestan, donde comenzaron las grandes inmigraciones entre ruidosos triunfos; amenazado á China, extendido y dilatado un Imperio que, por su extension y grandeza, solamente con el Imperio español puede compararse en la tierra y competir en la Historia. Un Emperador así áun podia resistir; su desdichado hijo no tiene más que un remedio: ceder ó sucumbir.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Advertencia.	5
La guerra turco-rusa.	9
Rumanía y Austria en la guerra de Oriente.	23
Crimenes del despotismo.	47
La agitacion de Rusia.	51
Los problemas orientales.	55
Los atentados contra el Czar.	65
Los nihilistas.	81
El problema oriental y los problemas europeos.	99
Las reformas turcas.	113
Complicaciones.	125
Política perpleja.	139
Las campañas rusas.	149
Desgracias de Oriente.	161
El Imperio aleman y el Imperio británico.	173
Los eslavos de Austria.	191
Complicaciones ruso-británicas.	197
Los Imperios del Norte y la política europea.	211
Agitaciones sociales.	227
La manzana de la discordia.	241
Más complicaciones.	255
Misterios de Rusia.	263
Los males del despotismo.	277
Viajes diplomáticos de Ignatieff.	295
Consecuencias del tratado diplomático de Berlin.	318
El nuevo Czar.	337
Un estadista británico y una dinastía moscovita.	351

FIN DEL ÍNDICE.